
Pliego suelto **de la colmena**

Entrega No. 16 Revista de la U.A.E.M. octubre-diciembre 1997

Fernando Rodríguez



Portadora de ofrendas

I

Tu nombre se ha borrado, portadora.
Kore te llaman igual que a tus hermanas.
¿Igual que a todas?
Sólo Tú, la elegida. ¿Por qué manes?
¿Por qué destino ciego? ¿Por qué incierto
pecado, posesión o pasión? Tiempo pasado...
Para Ti no hay futuro, canto muerto.

Aún canta la aurora
la plenitud de tu sonrisa,
canto de piedra dura,
carne de fresco mármol, tierno y suave.

II

Kore, piedra al acecho,
demorado derrumbe suspendido
en este lento caminar insomne
frente al terso desorden del deseo.

Ánfora espléndida,
verano ya sin lecho,
cuarteadura sonora donde el viento
acuna amados nombres
entre agrietados cántaros de lluvia.

Sonrisa sin memoria,
tu casa es esta ofrenda clausurada,
fortaleza vencida por el duelo
que en su carcoma pule
carbonizadas cúpulas de esparto.

Alta torre del frío
en el anochecer desmenuzaste
bajo el desnudo pie todo rescoldo.
No queda nada ya, tiempo descalzo,
polvorido durazno del otoño,
mordedura de cal, entrega ausente,
roído corazón descascarado
entre sacros eunucos y dioses indigentes.

Donde todo linaje se calcina,
el gran vino de estío
desborda el alto vaso,
sal que comparte su ceniza
y el óxido apagado de su frugal cosecha.
Conjuro inútil, hipogeo del llanto,
ya ni el lúbrico liquen con su ritual secreto
puede escribir tu nombre, oh Detenida,
a la espera del signo que desate
los días demenciales de la vida.

III

Portadora de ofrendas, Kore,
da lo mismo tu nombre.
De las profundidades de tu ser disperso
brota mi amor por Ti, tierra asolada,
espada de tres filos, rota estrella,
tiempo perdido, tiempo lacerado
donde se esculpe la verticalidad de tu desasosiego.

Alondra suspendida, canto puro,
música esférica entre aguas de ceniza,
al borde del abismo
tienes el vuelo

el treno

y permaneces.

Puerta secreta para mi demencia,
y el imán afilado que encerró mi deseo.
Pero no lo cegaste, aún persiste
tu sombra en la pupila,
el temblor en el labio, el titubeo,
la pregunta y la duda.

Te me abriste hacia todo;
azul que el iniciado iguala al viento,
viento que el comprendido sabe de oro,
oro que el sabio sabe lapizlázuli,
lapizlázuli azul que es el violeta
de las tardes moradas del Egeo.

Pero no es nada de esto.
El iniciado que comprende y sabe,
conoce la respuesta,
ha aprendido el silencio
por eso sólo calla y sonríe.
Sólo él sabe.

